

## Cadalso y la cuestión nacional

por François Lopez (Universidad de Burdeos)

La estimación de las *Cartas marruecas* ha ido creciendo a la par que iba aumentando el interés de eruditos e historiadores por la época de las Luces. Esto puede parecer normal e incluso inevitable, pero no podría decirse otro tanto de no pocas figuras interesantes de la Ilustración, cuya obra o cuya actuación siguen esperando buenos estudios y nueva valoración.

Gracias a los trabajos fundamentales de Nigel Glendinning, entre los cuales destaca *Vida y obra de Cadalso* (libro publicado en español en 1962), gracias a la edición crítica que este investigador y Lucien Dupuis proporcionaron en 1966, gracias por fin a muchos artículos que aparecieron casi al mismo tiempo, como el de José Antonio Maravall, *El pensamiento político de Cadalso*, estudio esencial en nuestra opinión, que pudimos leer en el *Hommage à Jean Sarrailh* (1966), y a otros trabajos de estos últimos veinte años, es Cadalso uno de los autores más estudiados de su siglo, y probablemente el más leído.

Hay que añadir que el *corpus* de la obra cadalsiana se ha enriquecido de tres inéditos importantes que son: las *Apuntaciones autobiográficas*, en 1967, la *Defensa de la nación española contra la Carta persiana LXXVIII de Mon-*

tesquieu, en 1970, y últimamente una tragedia, *Solaya o los circasianos*, a los cuales es imprescindible añadir, por la parte de textos inéditos que contienen y por el admirable trabajo de anotación de los editores: *Escritos autobiográficos y epistolario* (prólogo, edición y notas de Nigel Glendinning y Nicole Harrison, 1979).

Españoles e hispanistas de varios países, desde distintas perspectivas, han dado mucho relieve a una figura que, de pertenecer a otro país donde abundaban hombres de talento y escritores geniales, se hubiera desvanecido, cayendo en un olvido total, como ocurrió con centenares de ingleses, franceses, alemanes, italianos, etc. Ciertos aspectos de la obra cadalsiana han dado lugar a vigorosas polémicas. De hecho un aspecto de ella: lo que se ha llamado el « prerromanticismo » de Cadalso. Algo, pues, que atañe a la sensibilidad y a su lenguaje, materia sobre la cual existen todavía pocos trabajos, siendo notable el estudio pionero de Russell P. Sebold, *Sobre el nombre español del dolor romántico*, y fundamental el de José Antonio Maravall, *La estimación de la sensibilidad en la cultura de la Ilustración*.

Pero sobre la ideología de Cadalso, parece como si todos los dieciochistas estuvieran de acuerdo. Ya que para todos fue Cadalso un ilustrado, cualquier intento de analizar sus ideas sólo puede llevar a esta tautología: sus ideas fueron las de la Ilustración.

Lo que nos proponemos en esta breve ponencia es averiguar si efectivamente es así, si estamos todos de acuerdo, y el tema que hemos escogido es tan básico que probablemente viene a ser el más idóneo para realizar esta comprobación.

El examen que proponemos ha de estar centrado en las *Cartas marruecas*, pero opinamos que es imprescindible establecer un cotejo entre este texto y otros escritos menos contradictorios, menos ambiguos y huidizos, como son los *Eruditos a la violeta*, el *Suplemento al papel intitulado Los*

*Eruditos a la violeta*, las *Apuntaciones autobiográficas*, y por fin la *Defensa de la nación española*. No es que las *Cartas marruecas* no puedan en ningún caso bastar para destacar las ideas de Cadalso, pero tan grande es el deseo de moderación del autor en dicha obra que ciertas páginas necesitan para ser plenamente entendidas que su sentido quede dilucidado o corroborado por otros textos cadalsianos, textos en que la autocensura no interviniera a tan alto grado, y en que el comedimiento, la mesura no impusieran tan sistemáticamente pesos y contrapesos, concesiones y cortapisas. Sabido es, en efecto, que la ficción epistolar con varios scriptores (o voces) y destinatarios ficticios, que en ninguna manera pueden confundirse con el autor de la obra, es, en ciertas realizaciones, como en los diálogos platónicos y en toda la literatura dialogística en ellos originada, un dispositivo formal que ya de por sí manifiesta un propósito de ir confrontando pensamientos distintos, a veces opuestos, o de encarar, cuando menos, de diferentes modos un mismo asunto, con lo cual se expresa, no una «verdad», sino varios pareceres. Por eso la voluntaria ambigüedad de ciertos trozos de las *Cartas marruecas* puede al mismo tiempo revelarse como ambigüedad y desvelar lo que entraña si operamos un cotejo pertinente con otros escritos no problematizados por su misma forma, ya que campea en ellos el monologismo sin por ello desaparecer la contradicción inherente a cualquier pensamiento ideológico. Asimismo ciertos fragmentos de las *Cartas marruecas*, a primera vista poco significantes, podrán llenarse de significación gracias a esa iluminación lateral cuando nos percatemos de que son el eco casi totalmente ahogado de estridentes discursos en que el autor explicitara lo que permanece implícito en su obra más conocida.

Empecemos ya nuestro examen cuya necesidad y validez tendremos que demostrar con muy pocos ejemplos para que estas observaciones no excedan el tiempo concedido a los ponentes. Las primeras líneas de la *Introducción* darán lugar

a nuestro primer ejercicio de desciframiento, que quizá sea el más importante. Nos limitaremos, de hecho, al primer párrafo:

« Desde que Miguel de Cervantes compuso la inmortal novela en que criticó con tanto acierto algunas viciosas costumbres de nuestros abuelos, que sus nietos hemos reemplazado con otras, se han multiplicado las críticas de las naciones más cultas de Europa en la pluma de autores más o menos imparciales; pero las que han tenido más aceptación entre los hombres de mundo y de letras son las que llevan el nombre de Cartas, que suponen escritas en este o aquel país por viajeros naturales de reinos no sólo distantes, sino opuestos en religión, clima y gobierno. El mayor suceso de esta especie de críticas debe atribuirse al método epistolar, que hace su lectura más cómoda, su distribución más fácil, y su estilo más ameno, como también a lo extraño del carácter de los supuestos autores: de cuyo conjunto resulta que, aunque en muchos casos no digan cosas nuevas, las profieren siempre con cierta novedad que gusta ».

Poco hay que decir de estas líneas a primera vista. Apparentemente se trata aquí de justificar la elección de la ficción epistolar, forma que tiene mucha aceptación en las naciones más cultas de Europa (pero que no ha sido utilizada todavía en España, ya que de haberlo sido, holgaría justificar su empleo), aceptación debida a su indudable amenidad. El objeto, el propósito es la crítica de las naciones.

Las palabras « crítica » y « criticar » introducen una primera ambigüedad en el enunciado, ya que aparecen con su doble acepción de « arte de juzgar » y de « censura ». La referencia a Cervantes y a su « inmortal novela » puede manifestar varias intenciones: la de rendir homenaje al más ilustre escritor español; la de colocar las *Cartas marruecas* bajo la advocación del gran maestro de la sabrosa sátira y la amenidad profunda; la de señalar quizás que con la variación de los tiempos la ficción epistolar ha venido a sustituir a la gran epopeya cómica, a la novela (género ya soberano en

otros países de Europa por su éxito, pero casi abandonado por los españoles que ni siquiera han elegido definitivamente un término inequívoco para designarlo).

Quien conoce los debates de ideas de la época de la Ilustración recordará además la importancia que tuvo en quel siglo la polémica sobre el *Quijote*, considerado como una crítica de las costumbres caballerescas de los españoles del Siglo de oro, incluso como una sátira del carácter nacional. Esto puede dar lugar a largas explicaciones que no queremos emprender, ya que nos basta remitir a lo que escribimos sobre el tema hace años <sup>1</sup>.

Con estas breves apuntaciones hemos sido ya más prolijos que los comentaristas más minuciosos de la obra: Nigel Glendinning, Lucien Dupuis, Joaquín Arce. Lo que sí ha suscitado muchas glosas eruditas es la primera alusión a la ficción epistolar y al autor que, si bien no la inventó, la ilustró indudablemente como nadie — por lo menos en lo que se refiere a la crítica de las naciones — antes de que escribiera y aún antes de que naciera Cadalso: Montesquieu. Entre la primera alusión a Montesquieu, muy transparente, patente, para cualquier ilustrado, ya que decir *Cartas* en el contexto considerado, es referirse de modo inequívoco a las *Cartas persianas*, y el primer autor nombrado en la primera línea: Cervantes, el Cervantes de *El Quijote*, las palabras « criticar » y « naciones » son los dos hilos más llamativos del texto que viene tejiéndose. Desde un punto de vista puramente lingüístico, hay que apuntar la rigurosa sucesión señalada por los tiempos de los verbos, la cronología que se marca aquí por el paso de los aoristos (época pasada, la de Cervantes), a los presentes transcendentales (« hemos reemplazado », « se han multiplicado », etc.), y a los presentes (« son », « llevan », « se suponen », etc.). Todo lo cual se resuelve en una oposición: ANTES/DESPUÉS.

La época de ANTES es la de Cervantes y de « nuestros abuelos », la de DESPUÉS engloba a los nietos de aquellos

abuelos cuyas viciosas costumbres (tan sólo *algunas* viciosas costumbres) criticó con tanto acierto Cervantes, y con esos nietos a los escritores del XVIII, que, según se desprende del texto, son autores extranjeros.

Dos siglos, pues, están aquí evocados: el de Cervantes, ya denominado « Siglo de oro » en tiempos de Cadalso con bastante precisión cronológica (v. la Carta XXI, p. 141), y el siglo XVIII, presente del locutor o scriptor. El primero (siglo XVI y principios del XVII) fue el de la hegemonía española. En el actual imperan autores extranjeros « más o menos imparciales » cuyas obras de crítica (descalificadas por el muy intencionado « más o menos » que precede) gozan de una aceptación tanto más amplia cuanto que su lectura es cómoda, su estilo ameno, « de cuyo conjunto resulta que, aunque en muchos casos no digan cosas nuevas, las profieren siempre con cierta novedad que gusta ».

El cotejo de esos dos siglos no es muy halagüeño para el segundo si atendemos a las restricciones que formula el autor con evidente socaliña respecto a la novedad de las obras de su época, novedad muy escasa a veces, nula quizás o puramente formal ya que: « las profieren siempre con *cierta* novedad que gusta » es una expresión que deja traslucir, so capa de complacencia y agrado, cierta sorna y retintín, ya perceptibles en un miembro de la primera frase donde se leían estas palabras: « viciosas costumbres de nuestros abuelos, que sus nietos hemos reemplazado con otras ». Declaración de la cual forzoso es deducir que los españoles de ahora no tienen ya un Cervantes, pero sí viciosas costumbres que, aunque distintas por la variación de los tiempos, no manifiestan mejora ni superioridad.

Hay más: quien lea atentamente las *Cartas marruecas* y otros escritos de Cadalso, podrá observar que las más veces — no siempre —, cuando se contraponen dos personajes de muy distinta edad, como un anciano y un mozalbeta, redundan la oposición en favor del anciano, quedando el mozalbeta

bastante mal parado. Véase por ejemplo la Carta VII, p. 101: « Cesó por un rato el mozalbete la murmuración contra un tío tan venerable ... ». Y en *Los Eruditos a la violeta* las muy edificantes « Instrucciones dadas por un padre anciano a su hijo que va a emprender sus viajes ». Claro que dichas oposiciones no favorecen sistemáticamente al anciano. De ser así hubieran sido consideradas las *Cartas marruecas* como una mera apología del pasado. En dos Cartas se expone que no merece ser venerado cualquier hombre mayor tan sólo por ser mayor, y que en las controversias entre jóvenes y viejos « no debe interesarse el prudente [...] ni por uno ni por otro bando; sino dejar a los unos con su cólera y a los otros con su flema; tomar el medio justo y burlarse de ambos extremos (p. 275) ». Pero esto no debe hacernos olvidar que el principal personaje de la ficción, Gazel, es un joven cuya ejemplaridad radica en el acato y la veneración con que constantemente recibe las enseñanzas de dos varones de edad madura, Ben Beley y Nuño Núñez, invariablemente sabios e imparciales. Además cualquier lector puede percatarse de que el adjetivo « antiguo » en la obra de Cadalso tiene las más veces una connotación favorable y que pocos escritores han exaltado con tanto entusiasmo y fervor el siglo XVI:

« Pero ¿quién no se envanece si se habla del siglo anterior [acaba de tratar el autor del siglo XVII], en que todo español era un soldado respetable? Del siglo en que nuestras armas conquistaban las dos Américas y las islas de Asia, aterraban a África e incomodaban a toda Europa con ejércitos pequeños en número y grandes por su gloria, mantenidos en Italia, Alemania, Francia y Flandes, y cubrían los mares con escuadras y armadas de navíos, galeones y galeras; del siglo en que la academia de Salamanca hacía el primer papel entre las universidades del mundo; del siglo en que nuestro idioma se hablaba por todos los sabios y nobles de Europa? » (p. 191).

En cambio el « Siglo feliz », « ilustrado », irónicamente ensalzado en *Los Eruditos a la violeta*, es en las *Cartas ma-*

*rruecas* objeto de no pocas chanzas y sarcasmos, e incluso de una larga requisitoria en la Carta IV (de Gazel a Ben Beley) de la que nos bastará extractar estas frases:

« Los europeos del siglo presente están insufribles con las alabanzas que amontonan sobre la era en que han nacido. Si los creyeras, dirías que la naturaleza humana hizo una prodigiosa e increíble crisis precisamente a los mil y setecientos años cabales de su nueva cronología. Cada particular funda una vanidad grandísima en haber tenido muchos abuelos no sólo tan buenos como él, sino mucho mejores, y la generación entera abomina de las generaciones que le han precedido. No lo entiendo [...]

Desde la época en que ellos fijan la de su cultura, hallo los mismos delitos y miserias en la especie humana, y en nada aumentadas sus virtudes y comodidades. Así se lo dije con mi natural franqueza a un cristiano que el otro día, en una concurrencia bastante numerosa, hacía una apología magnífica de la edad, y casi del año, que tuvo la dicha de producirle. Espantóse de oírme defender la contraria de su opinión; y fue en vano cuanto le dije, poco más o menos del modo siguiente:

No nos dejemos alucinar de la apariencia, y vamos a lo sustancial [...]

¿Qué se han hecho esas ventajas tan jactadas por ti y por tus semejantes? Concédote cierta ilustración aparente que ha despojado a nuestro siglo de la austeridad y rigor de los pasados; pero, ¿sabes de qué sirve esta mutación, este oropel que brilla en toda Europa y deslumbra a los menos cuerdos? Creo firmemente que no sirve más que de confundir el orden respectivo, establecido para el bien de cada estado en particular.

La mezcla de las naciones en Europa ha hecho admitir generalmente los vicios de cada una y desterrar las virtudes respectivas. De aquí nacerá, si ya no ha nacido, que los nobles de todos los países tengan igual despego a su patria, formando entre todos una nación separada de las otras y distinta en idioma, traje y religión; y que los pueblos sean infelices en igual grado, esto es, en proporción de la semejanza de los nobles. Síguese a esto la decadencia general de los estados, pues sólo se mantienen los unos por la fla-

queza de los otros, y ninguno por fuerza suya o propio vigor » (pp. 90-92).

Curioso texto en que el proceso evolutivo del siglo XVI al XVIII está presentado como el de una decadencia de todos los países de Europa, ligada a la decadencia de la nobleza que no siente ya ningún apego a su patria.

Así puer la oposición ANTES/DESPUÉS que destacamos al principio, en el primer párrafo de la Introducción, reaparece aquí nítidamente, explicitándose prolijamente lo que apuntaba en el comienzo de la obra. Contraponer un ANTES y un DESPUÉS que abarca el presente, es señalar una DECADENCIA GENERAL, debida a la decadencia de la nobleza y a la falta de patriotismo. En las *Cartas persianas* de Montesquieu se encuentran también acusaciones contra el siglo nuevo, más particularmente en la Carta CV (de Rhédi a Usbek) que acaba por un elogio de la ignorancia. Pero la argumentación contraria de la Carta CVI (de Usbek a Rhédi) más larga, nutrida y convincente, es tal que la primera queda totalmente anulada. En la obra de Cadalso nada sirve de contrapeso a lo que hemos citado. No hay refutación ni por lo tanto simulacro alguno de dialogismo. Lo declarado es incuestionable.

Prosigamos nuestro análisis y los cotejos que conlleva. Hay en las primeras líneas de la Introducción cierta expresión que nos parece insólita, sospechosa desde un punto de vista puramente idiomático, y que es ésta: « las que han tenido más aceptación entre *los hombres de mundo y de letras* ». Es extraño que Joaquín Arce, tan atento a los hechos lingüísticos, no haya notado nada anormal en esa locución. Tan extraño que no nos sentimos muy seguros al proponer el comentario que se nos ocurre. Joaquín Arce conocía admirablemente el español, que era su idioma. El autor de esta ponencia es francés y ha aprendido el castellano en el colegio, primero, enseñándolo después. De ahí que no pueda

afirmar sin algún temor de propasarse que la expresión « hombres de mundo y de letras » huele a galicismo que apesta. En efecto, si bien puede admitirse que se trata de una fórmula elíptica con la cual se designa a los hombres que tienen mundo y a los que tienen literatura, lo más probable, y con mucho, es que dicha fórmula es un torpe traslado de las expresiones francesas « hommes du monde » y « hommes de lettres ». La segunda, en la época considerada, suele expresarse con la palabra « literatos », pero la primera no tiene entonces ningún equivalente, ni lo había tenido anteriormente como bien puede suponerse. Y si es de sobra conocido que proliferaban entonces (entonces ya) los galicismos, éste, de concedernos alguna razón, aparecería como voluntario, deliberado, intencionado. ¿Quiénes son en efecto los llamados « hombres de mundo y de letras » en este texto irisado de ironías sino aquellos « eruditos a la violeta » ridiculizados por Cadalso en su obra más satírica? ¿Quiénes son los aficionados a la lectura, con tal que sea ésta cómoda, fácil, nueva en la forma, con tal, pues, que no requiera ningún esfuerzo?

Esta última observación nos lleva a recordar y a poner de realce que este primer párrafo de la Introducción, al que hemos querido ceñirnos empieza por una referencia a Cervantes y se acaba con una transparente alusión a Montesquieu en cuanto se habla del género epistolar. Cervantes está nombrado y tal es su renombre que huelga citar el título de su « inmortal novela ». Montesquieu no está nombrado, pero basta que se diga Cartas (género epistolar) para que el lector piense en seguida en el famoso autor de las *Cartas persianas*, las cuales, por más señas, se citan en el segundo párrafo. Las referencias culturales del primer párrafo erigen en arcontes dos figuras, representativas de dos siglos entre los cuales se ha consumado una decadencia que no es privativa de España sino general.

La presencia, la copresencia de esos dos arcontes es po-

co comprensible si nos atenemos a lo declarado en las *Cartas marruecas*. Pero otro cotejo de textos desvelará y aclarará lo que aquí apenas se trasluce si es que está percibido.

*España ofendida - Lo que significan los dos arcontes.*

Hace años que hemos llamado la atención sobre la necesidad de leer las *Cartas marruecas* a la luz de otro escrito cadalsiano publicado por primera vez en 1970 por Guy Mercadier e intitulado: *Defensa de la nación española contra la Carta persiana LXXVIII de Montesquieu*. En este escrito apasionado es donde puede verse con total claridad la conjunción Cervantes-Montesquieu que no se hubiera operado de no haber escrito el autor de las *Lettres persanes* una de esas sátiras antiespañolas tan frecuentes en el XVIII, sobre todo en los textos de los *philosophes*. Es la *Defensa* de Cadalso, en nuestro sentir, uno de los escritos más briosos y penden-cieros que brotaron de pluma española en su época. Recuérdese cómo, ante el ensañamiento de Montesquieu contra la nobleza de España, se revolvió como un león nuestro oficial:

Traducción del texto (de la Carta persiana):

*Nunca se ha visto en el serrallo del Gran Turco sultana alguna preciada de su hermosura tanto como el más viejo y feo mastín lo está del color verdiblanco de su tez, cuando se sienta a la puerta de su casa con los brazos cruzados en alguna ciudad del reino de México.*

Esta es también amplificación de la antecedente sátira. La amplificación es figura muy socorrida para llenar papel cuando el orador está falta de asunto. La expresión del « más feo y más viejo mastín » en tan baja y soez que nadie me hará creer que sea de la pluma noble del Presidente de Montesquieu. No es éste el estilo sublime, sólido y majestuoso del *Espíritu de las Leyes*, no es el conciso y fluido de la *Decadencia y grandexa de los Romanos*, no es el delicado y primoroso del *Ensayo sobre el Gusto*, ni el delicioso del *Templo de Gnido*. Lo paso por yerro de imprenta: a la verdad, un majo del Barquillo no hablaría con más bajo estilo.

.....  
Traducción del texto:

*Su honor toma partido por el descanso de sus miembros. El que gasta diez horas al día sentado en una silla adquiere cabalmente dos veces más consideración que el que no gasta más que cinco, porque la nobleza se adquiere en la silla.*

El Señor Presidente de Montesquieu faltó aquí a todo lo respetable con decir que en España se adquiere la nobleza sentadas las gentes en las sillas con la proporción de más o menos grados de ella, según la mayor o menor duración de la ociosidad.

Aquí se ha mostrado o muy ignorante en historia, o muy maligno en ocultar la verdad. No hay en todo el mundo nobles cuyos abuelos hayan fundado sus casas a costa de más sangre y hazañas. Todas las cosas de consideración en España se han fundado sobre un terreno ganado con la lanza y la espada. La guerra ha sido la cuna en que se ha criado nuestra nobleza española. El echar tantas veces a los franceses de Italia y batirlos mucho más por mar los vasallos de los reyes de Aragón; el traer un rey de Francia prisionero a Madrid (aunque lo niegan los modernos historiadores franceses, queriendo borrar con su pluma su desdoro que escribieron nuestros abuelos con sus espadas); el conquistar un medio mundo con un puñado de aventureros (hazaña gloriosísima por más que la quieran eclipsar la preocupación, envidia e ignorancia de los extranjeros empeñados en pintarla como una serie de inhumanidades); el alterar a París el ejército de Felipe II; el aniquilar el ejército y nobleza de Francia en la batalla de San Quintín; las victoriosas campañas de mar en tiempo de Bazán, Verdugo, Moncada, Oquendo y Requesens, éstas y otras semejantes que callo por modestia española (pues si por cada rey triunfante que hemos tenido hiciésemos con ceremonias de idolatría una plaza de Victoria como la de París, sería Madrid tan grande como la mitad de España), éstas y otras semejantes, vuelvo a decir, son fuentes de nuestra nobleza. Y si éstos no son títulos suficientes, prodúzcalos mayores otra nación, me contentaré con que sean iguales. Omíto siete siglos y medio de guerras continuas con los moros »<sup>2</sup>.

Extraño coraje, si paramos mientes en el desfase que separa la publicación de las *Lettres persanes* (1721) y la re-

dacción de esta réplica fulgurante y encrespada que iba a quedar inédita (parcialmente, ya que varios trozos figuran en el *Suplemento al papel intitulado Los Eruditos a la violeta*), pero cabe pensar que Cadalso no contestaba únicamente a Montesquieu sino a muchos insultadores de menos envergadura. Antes de abandonar la *Defensa de la nación española*, queremos citar otras líneas en que está evocado Cervantes:

Traducción del texto:

*El único libro bueno que tienen es el que ridiculiza a todos los otros.*

Sin duda habla de la obra de Cervantes contra la andante caballería. Pero aquí también mostró Montesquieu que no era infalible. El *D. Quijote* no ridiculiza todos nuestros autores, sino los de caballería y algunos poetas. Esta obra tiene mucha aceptación en Francia, no tanto por el verdadero mérito que tiene, sino porque parece chocar contra nuestras costumbres. Esta obra nos quitó sin duda la ridícula manía de la caballería andante, y esto verdaderamente es mérito; pero a un mismo tiempo nos entibió mucho en materias de honor, y en este caso bien han perdido las señoras a quienes se trataba con respeto, y de quienes se hablaba con el mayor decoro, porque los oídos de los hidalgos eran muy cosquillosos en estas materias »<sup>3</sup>.

Aquí no tenemos más remedio que recordar, repetir lo que escribimos hace años sobre lo que se podría llamar el debate ideológico en torno al *Quijote*. Sabido es que aquella obra magna vuelve a tener un éxito editorial en España a partir, sobre todo, de los años 1730, y que los eruditos de la Ilustración se dedican tanto a la exégesis del *Quijote* como a la indagación de documentos relativos a la vida de Cervantes. Entre estos eruditos destacan Mayáns, Pellicer, Vicente de los Ríos. Es decir que se convierte Cervantes en un clásico, en el más prestigioso sentido de la palabra, precisamente cuando inventan los españoles esta representación de su pasado que es el Siglo de oro<sup>4</sup>. Después de la muerte de Cadalso, cuando el artículo *Espagne* de la *Encyclopédie méthodique*

provoca todo el revuelo que estudiamos en el trabajo ya citado, suscita el *Quijote* una escaramuza entre los que podríamos llamar partidarios de la España caballeresca y los que repudian lo rancio que puede haber en dicha postura. Entre los primeros está García de la Huerta, galófono empedernido y a menudo estrafalario. Entre los otros el que más forcejea es Forner, tildado todavía de « reaccionario » por algunos estudiosos cuyos criterios nos parecen deficientes cuando no son inexistentes. Durante la polémica que había de producirse en los años 1785-1788, escribiría el anónimo autor de cierta *Carta de un Español residente en París a su hermano residente en Madrid* estas líneas reveladoras:

« El militar por el premio y el honor es otro vicio, y sin comparación mayor que el Luxo; pero quien intentare quitarlo, como de unos años a esta parte se han empeñado los Filósofos, destruirá la Milicia; así también Cervantes. La manía Caballeresca de sus tiempos fue un vicio, que por ventura convenía moderar; quitólo con su Don Quijote: no mejoró nuestras cosas; las pervirtió. En lugar de este vicio, que, como varonil, contribuía siquiera para la seguridad del Estado, se sustituyeron los mugeriles, que no contribuyen sino para afeminarlo.

[...] Ello mismo se dice: ¿o destruyó el Don Quijote el espíritu Caballeresco que afectaba a la sazón la Nobleza o no? Si no, nada más se debe a Cervantes que el de entretenernos, contra lo que dice Forner; y si lo destruyó, ¿qué virtudes o vicios llenaron el hueco que dexó aquel espíritu? »<sup>5</sup>.

Aunque el texto aducido es posterior a la *Defensa de la nación española*, no cabe duda que tiene con ella cierto parentesco ideológico, como también es cierto que la « aceptación » del *Quijote* fuera de España, sobre todo en Francia, iba asociada con el desprecio de España y los españoles. Teniendo en cuenta todo esto entendemos mucho mejor las restricciones, la reticencia con la que trata Cadalso del *Quijote* en una de las *Cartas marruecas*, obra en que se esfuerza por superar la indignación que le moviera a escribir la *Defensa*

*de la nación española*. En la Carta LXI escribe estas líneas de sentido enigmático para quien no conozca el contexto:

« En esta nación hay un libro muy aplaudido por todas las demás. Lo he leído, y me ha gustado sin duda; pero no deja de mortificarme la sospecha de que el sentido literal es uno, y el verdadero es otro muy diferente. Ninguna obra necesita más que ésta el diccionario de Nuño. Lo que se lee es una serie de extravagancias de un loco, que cree que hay gigantes, encantadores, etcétera; algunas sentencias en boca de un necio, y muchas escenas de la vida bien criticada; pero lo que hay debajo de esta apariencia es, en mi concepto, un conjunto de materias profundas e importantes ».

La mención de Cervantes y la alusión a Montesquieu que encuadran el primer párrafo de la Introducción de las *Cartas marruecas*, con el cotejo que hemos hecho manifiesta la tensión polémica que anima la obra y su carácter apologético a la par que crítico. Conviene recordar al respecto lo que declaraba Meléndez Valdés al presentar a la censura, después de la muerte de Cadalso, la obra más importante de su amigo y maestro. Decía que el autor de las *Cartas marruecas* se había propuesto « vindicar modestamente a la Nación en muchos puntos en que se (veía) denigrada y calumniada por los extranjeros »<sup>6</sup>. Podrá objetarse que Meléndez, al elevar al Consejo de Castilla una solicitud para editar una obra varias veces detenida por la censura, pudo presentarla bajo ese aspecto tan sólo para lograr su propósito y aquietar ánimos recelosos. Pero aun reconociendo que no puede descartarse esta posibilidad, seríamos partidarios de tomar la declaración de Meléndez al pié de la letra y de ver en las *Cartas marruecas* a la vez una vindicación de España y una crítica, o censura, de ciertas costumbres, a veces indígenas, introducidas otras veces del país vecino.

En nuestra opinión el deseo de rebatir la famosa Carta de Montesquieu, de denunciar la ligereza del ilustre magistrado

y de proponer con imparcialidad y hombría un ejemplo de verdadera crítica (en el primer sentido de la palabra sobre todo) fue lo que movió a Cadalso, imponiéndole una moderación mal avenida con su temperamento fogoso. Lo primero que quiso dejar sentado el español fue que el verdadero conocimiento de un país no está al alcance de un viajero: Gazel, aunque introducido en casas de cristianos y poseyendo su idioma, insiste en que aún no se considera habilitado para hablar de la nación que le acoge (Carta I). En la Carta II encontramos un muy formalizado discurso del método, en que se recalca la insoslayable necesidad de entregarse a la historia de una nación para hacer una crítica bien fundada de ella. Dichas condiciones tienen un valor metodológico general y contienen al mismo tiempo una implícita censura de la total falta de método con que se escribió la ofensiva Carta persiana en que el cuadro tan denigrativo de España se atribuía a un viajero ficticio:

« Je parcours, depuis six mois, l'Espagne et le Portugal; et je vis parmi des peuples qui, méprisant tous les autres, font aux seuls Français l'honneur de les haïr ».

Modelo de caballerosidad es la Carta XXIX en que Cadalso, tratando de Francia, menciona los defectos y las virtudes de los franceses, haciendo en el conjunto un favorable retrato de ese pueblo, y defendiéndole contra las animadversiones que suscita.

Sobre la historia de España (que sólo Nuño Núñez, el español, puede referir a grandes rasgos), nos parece que no dicen las *Cartas marruecas* nada original. Tanto en la *Defensa de la nación española* como en esa obra, hay una evocación de la España bélica, heroica, tan simplificadora y tópica que resulta decepcionante en un momento en que va naciendo en Alemania, Inglaterra, Italia y en la propia España lo que ha de llamarse después el historicismo. Lo más significativo, lo que sí es trascendente al respecto, es lo que destacó José

Antonio Maravall en un estudio que ya mencionamos, a saber que: « Para Cadalso la historia es proceso creador del carácter, del modo de ser privativo de un pueblo y su actitud no puede confundirse ni con la de unos ni con la de otros »<sup>7</sup>. Frente al prestigio arrogante y avasallador de la *Philosophie*, en varios países de Europa aparece, se manifiesta literariamente un nacionalismo cultural que para afirmarse tiene que arremeter contra los valores de la cultura francesa dados como universales. Bástenos recordar algunos hitos de este proceso histórico. En 1760 publicó Carlo Denina su *Discours sur les littératures*. Entre 1767 y 1769 escribió Lessing los artículos de su *Dramaturgia de Hamburgo*. De 1767 asimismo son los *Fragmentos de la literatura alemana moderna* de Herder, que exaltan entre otras cosas las canciones populares germánicas (Volkslied). En 1774 se publica *Otra filosofía de la Historia* del mismo Herder, y en 1781 *Ueber die deutsche Sprache und Literatur* de Justus Möser. Por fin, después de la temprana muerte de Cadalso, estalla el escándalo provocado por el artículo *Espagne* de la *Encyclopédie méthodique* que da otra oportunidad a Carlo Denina de salir a la palestra, para defender esta vez a España, en su *Réponse à la question: que doit-on à l'Espagne?*. Ya señalamos en otro estudio que fue Denina un primer intermediario entre el *Aufklärung* y las Luces de Italia y España<sup>8</sup>.

Pero en esas polémicas se trató de vindicar y exaltar culturas, caracteres nacionales. Nadie, que sepamos, se propuso entonces examinar históricamente la opinión que Montesquieu con tranquila audacia y una clarividencia que asombra en una fecha tan temprana como es la de 1721 dejara sentada:

« ... Il est certain que la religion donne aux protestants un avantage infini sur les catholiques.  
J'ose le dire; dans l'état présent où est l'Europe, il n'est pas possible que la religion catholique y subsiste cinq cents ans.

Avant l'abaissement de la puissance d'Espagne, les catholiques étaient beaucoup plus forts que les protestants. Ces derniers sont peu à peu parvenus à un équilibre, et aujourd'hui la balance commence à l'emporter de leur côté. Cette supériorité augmentera tous les jours; les protestants deviendront plus riches » (Carta CXVII).

He aquí la cuestión que había que dilucidar, y probablemente el porqué del ataque feroz contra España que tanto hiriera a Cadalso y a otros españoles. Claro que la *Lettre persane* LXXVIII era indecorosa, ofensiva en demasía. Pero a estos excesos se hubiera podido contestar, de considerar que merecían una respuesta, con lo que el propio Montesquieu en otra Carta había escrito de sus compatriotas:

« La fureur de la plupart des Français, c'est d'avoir de l'esprit; et la fureur de ceux qui veulent avoir de l'esprit, c'est de faire des livres.

Cependant il n'y a rien de si mal imaginé; la nature semblerait avoir pourvu à ce que les sottises des hommes fussent passagères; et les livres les immortalisent » (LXVI).

Mucho había admirado Cadalso al autor del *Espíritu de las Leyes*, por razones ideológicas, por ver en él, sin duda, el gran portavoz de la nobleza. Pos eso le sorprendió y aterró la decantada Carta LXXVIII que, al fin y al cabo, nada añadía a la leyenda negra antiespañola. Pero ya se sabe que « no ofende quien quiere sino quien puede ». Nadie pudo ofender tanto a Cadalso como Montesquieu. Porque si de alguien podía esperar el militar español que saliera a defender el « espíritu caballeresco » de otros tiempos, era ése por cierto el barón de Secondat, en quien, no hace mucho, quería ver Louis Althusser « un opositor de derechas », « un defensor del feudalismo ». No nos parece acertada esta interpretación del pensamiento político de Montesquieu, pero bien pudieron pensar algo parecido los nobles refractarios, no sólo de Francia sino de otros países. Durante los debates de las Cortes de Cádiz es de notar que quienes invocan la auto-

ridad de Montesquieu son los conservadores, más que los liberales. A pesar de eso, se nos aparece el autor de *L'Esprit des Lois*, ahora que tenemos acceso a todos sus escritos, no como un « defensor del feudalismo », sino como un « evolucionista evolucionario », según dice Etiemble con pertinente agudeza.

Era Cadalso nostálgico de la grandeza de su patria. Noble, más que de nacimiento, por voluntad propia y muy temprana, escogió la milicia porque pensaba que así debían servir los nobles su patria. Despreciaba el « modernismo »<sup>10</sup> y rebajaba a su siglo por enaltecer a una España venida a menos, en cuyas entrañas sin embargo quería reconocer algo de sus antiguas virtudes. Criado en Francia, pudo leer quizás la obra de M. le Chevalier d'Arc, *La noblesse militaire ou le patriote français* (1756), cuyo título exaltaba los tres valores en que él creía: nobleza, milicia, patriotismo. Ya apuntamos en otra ocasión las ilusiones que hiciera nacer en él el Conde de Aranda y el « partido militar » o « aragonés ». Pueden leerse en las *Apuntaciones autobiográficas* dos observaciones que nos dicen mucho más acerca de su ideal político que todas sus obras publicadas:

« No sabía Pazuengos que el Conde de Aranda, olvidado del precepto de Horacio, iba a correr de un extremo a otro, y que en vez de aquella sobrada intrepidez que se le notaba, iba a abatir su espíritu, humillar su genio y envilecer sus empleos, cobrando miedo a todas sus hechuras ».

« Formé mi proyecto para un sitio de Gibraltar y lo remití en derecho al Ministro de Estado, Conde de Floridablanca. Me respondió a vuelta de correo. El proyecto y respuesta se halla entre mis papeles y legajo que tiene por título, *Relativos a la Carrera*. Pero un país mandado por tres Golillas no puede abrazar cosas que piden vigor »<sup>11</sup>.

Hay que tener en cuenta, al tratar de la cultura y de los idearios de la Ilustración, el papel que desempeñaron *las noblezas*, y el que podían haber desempeñado si Carlos III

se hubiese apoyado en la más reformista. Decimos *las noblezas*, porque nos parece muy operante la tipología que ha propuesto no hace mucho François Furet en un libro brillante y demitificador: « Dans ce domaine, et pour simplifier, on peut écrire que la disparition de Louis XIV laissa face à face au moins trois noblesse, qui correspondent à trois attitudes en face de la modernisation de l'État: une noblesse « à la polonaise », c'est-à-dire hostile à l'État, nostalgique de son ancienne prédominance locale, prête à la reconquête d'un passé qu'elle idéalise. Une noblesse « à la prussienne », qui souhaite au contraire confisquer à son profit la modernisation de l'État, monopoliser les emplois et notamment les grades militaires, faire du service sa nouvelle raison d'être. Une noblesse « à l'anglaise » enfin, animatrice d'une monarchie constitutionnelle, aristocratie parlementaire des temps nouveaux »<sup>12</sup>.

Cadalso, Aranda, pueden asemejarse a unos nobles « a la prusiana », no cabe duda.

Soñaba Cadalso con la regeneración de España, y eso basta para que le consideremos como un ilustrado, ya que la Ilustración no es otra cosa que una cultura y una voluntad de regeneración nacional, cualesquiera que sean los medios políticos preconizados.

Nos hace pensar aquel vulnerado gentilhomme en los protagonistas de una famosa película de Renoir, *La Grande Illusion*, en la que se enfrentan un *junker* prusiano y un « *gentilhomme* » francés. Deben ser adversarios y son más bien un mismo ser desdoblado, reconociéndose cada uno en el espejo que es el otro. Son los dos los últimos vástagos de un linaje que ha de extinguirse porque así lo exige la Historia.

Muriendo en un combate durante el sitio de Gibraltar en 1782, Cadalso, que no pudo componer ninguna obra grande, puso firma y rúbrica a su vida de idealista probando,

cuando se pusieron las circunstancias a su altura, que no todos los nobles se pasan el tiempo sentados en una silla, y que obras son amores.

<sup>1</sup> F. Lopez, *Juan Pablo Forner et la crise de la conscience espagnole au XVIII<sup>e</sup> siècle*, Bordeaux, 1976, pp. 460 y ss.

<sup>2</sup> J. Cadalso, *Defensa de la nación española contra la Carta persiana LXXVIII de Montesquieu*, Edición, prólogo y notas de G. Mercadier, Toulouse, 1970, pp. 19 y 21-22. Citaremos las *Cartas marruecas* utilizando la edición más corriente, que es la de Joaquín Arce, Madrid, Ediciones Cátedra, 1980.

<sup>3</sup> *Ibidem*, p. 31.

<sup>4</sup> Sobre el nacimiento de este concepto histórico, puede verse nuestro estudio *Comment l'Espagne éclaircée inventa le Siècle d'or*, en *Hommage des Hispanistes Français à Noël Salomon*, Barcelona, 1979, pp. 517-525.

<sup>5</sup> *Cartas de un Español residente en París a su hermano residente en Madrid, Sobre la Oración Apologética por la España y su mérito literario*, de Don Juan Pablo Forner, Madrid, 1788, 2 vols. Sobre el posible autor de esta obra y el contexto histórico, puede verse nuestro libro sobre Forner, pp. 461 y ss.

<sup>6</sup> G. Demerson, *Don Juan Meléndez Valdés et son temps*, Paris, 1962, p. 448.

<sup>7</sup> J. A. Maravall, *De la Ilustración al Romanticismo: el pensamiento político de Cadalso*, en *Mélanges à la mémoire de J. Sarrailh*, Paris, 1966, p. 88.

<sup>8</sup> Véase nuestro libro sobre Forner, pp. 365 y ss.

<sup>9</sup> Véase el artículo *Montesquieu* de la *Encyclopaedia universalis*.

<sup>10</sup> La palabra «modernismo» aparece en la Carta LXXXII, en un contexto que le da una connotación desfavorable, y observa Joaquín Arce: «Para la novedad del vocablo en la época, téngase en cuenta que Corominas le asigna la fecha de 1899, es decir, un siglo y cuarto después». Según el *Dictionnaire* de Paul Robert, «modernisme», en francés, habría aparecido en 1845, pero su uso no habría sido corriente antes de 1900.

«Moderniste» se emplea en 1764, y «modernité» sólo en 1849 (lo hemos hallado en Chateaubriand, Baudelaire y Gautier, casi siempre con connotaciones negativas).

En España, encontró José Antonio Maravall la palabra «modernista» en un texto manuscrito de mediados del siglo XVI. Véase *Antiguos y modernos. La idea de progreso en el desarrollo inicial de una sociedad*, Madrid, 1966, p. 245, nota 29.

<sup>11</sup> Ya tocamos este tema en nuestro libro sobre Forner, p. 240. Los dos trozos citados pueden leerse ahora en *Escritos autobiográficos y epistolario*, ed. cit., pp. 12 y 29.

<sup>12</sup> F. Furet, *Penser la Révolution française*, Paris, 1978, p. 150.